

# MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

---

## NOCHE MAYOR

*Para ANA LUISA VEGA (1934 - 1989)*

Has muerto cuando la luna se apaga en cada boca.  
Y yo muevo follajes de humo para que caigan ojos encendidos,  
Colmenas de miradas, frutos que cedieron el hueso para formar una lápida,  
Esa tumba que no ocupa tu ser, escritura invisible,  
Estalactita que graba con puntas de arcoíris  
Nombres de nubes en la nube misma, nombres que la nube olvida  
Y que yo usaré para abrir enigmas de condición impenetrable:  
Tu eres Ana Luisa y yo te amé toda la vida  
Tomo por los cabellos al mundo, tomo a la noche de las solapas, pregunto  
Pero nadie dice la verdad: no hay noticias sobre tu alma  
Y los libros de piel oscura se abren al mismo tiempo  
Para decir mentiras sobre tus manos que sabían tantos idiomas,  
Sobre tus manos plantadas en espejismos de salitre  
Ahora que huye todo mientras la roca sangra transparencia  
Y mi verde quimera, barrida por el otoño,  
Desaparece entre un vuelco y otro de la rueda,  
Entre la niebla que apenas deja ver y la neblina que ciega por completo,  
Cuando enmudece el horno alimentado con la cáscara solar,  
Bajo rígida luz combatida con polvo envenenado,  
Bajo mi pecho que está lleno de agua porque es vaso sin salida,  
Lágrima rota, copa que ya no contiene sangre de primavera acribillada.  
¿Quién va a darme refugio cuando la lenta sonaja terrestre  
Se llena de esqueletos parciales, de flechas  
Con escamas que ya nunca vuelven a ser peces o lluvia resuelta en grito de cascada?  
¿Quién va a darme asilo hoy que la pierna viuda no alcanza el umbral,  
Hoy que en cada faceta de la miel se ahoga una luciérnaga  
Cuando el pie ya no avanza bajo la milpa ardida y su mazorca de ascuas,  
Hoy que se agotan los colores en la mina celestial?

Señores, señoras: el aguacero desatado no llega a tierra,  
Pero Ana Luisa, apenas muerta, redobla su presencia  
Porque su voz tiembla todavía en la malla diurna  
Y vierte en mi oído líquidas sílabas al rojo vivo,  
Mientras busco en espirales de escombros  
Su sombra atestada de lumbre, júbilo que vuela  
Sobre la noche crecida desde la ranura de los párpados,  
Sobre el hueso que estalla en abismos eremitas  
Y portones como alas de otros muertos, otros muertos  
Que manchan el espejo con su vaho enrojado,  
Otros amables muertos que vendan su frente con jirones de sueño  
Y encuentran con torpeza la boca del pozo,  
El manantial que congela su chorro como palmera esculpida,  
Pues hay muerte para rato y para siempre,

Aunque surja entre dos huellas el instante incandescente,  
 El gozo de tu ser rompiendo a la flama indivisa,  
 El cántaro que junta los labios y te dice  
 Entre movimientos de bandera, entre velámenes pintados  
 Y voces que te exaltan como lenguas en un árbol:  
 Hay muerte para rato y para siempre,  
 Hay un océano que se convierte en ciprés azul,  
 En ojos que lloran tolvánicas en un espacio pedregoso  
 Y anclas que no quieren partir porque otra vez aparece  
 La misma quemadura en el corazón de la memoria:  
 La mañana remota en que bebí trinos de silencio,  
 La esbeltez que fuiste un día y otro día,  
 Amada que vienes con uñas de estrella  
 Para extraer de mí la canción en blanco,  
 El minuto que desgrano bajo el huracán milenario  
 Cuando el espliego despliega sólo conciencia oscura,  
 Cuando la llave gira y surge un pasadizo en vilo,  
 Una galería flotante en que doy tumbos de ola sonámbula:  
 Oh paisaje desdoblado en la caverna apenas finita,  
 Lava que arrastras tu piel de joya en cada cima  
 Y me hieres como un alto filo recorrido  
 Por alambrietas que trabajan sin redes o sostén,  
 Sin ese largo sol de asombro hecho de miradas en enjambre,  
 Donde el eco se ausenta antes de oírse a sí mismo,  
 Oh vida que penetras todo resplandor  
 Y te concentras en un ovillo enmascarado  
 Entre los pliegues súbitos que el olvido labra,  
 Oh vida agitada por un viento con hambre  
 Y que nunca olvido aunque se mantenga escondida  
 Y yo mismo me cubra con bálsamo hirviente  
 O plegarias que se hielan en vísperas del himno:  
 Sólo soy una lágrima que sobrevive al picoteo de los pájaros,  
 Soy trementina o miel irresistible para la llama  
 Cuando entre espinas de relámpago, surge tu fijeza mancillada  
 Por cielos enamorados de su propio cambio,  
 Y nubes que vuelan con las extremidades plegadas a su propia blancura  
 Hasta que pierde el habla el ave joven,  
 Hasta que la piedra pierde el amor al vacío cuando va montaña abajo,  
 Hasta que pierdo yo el cuaderno de mi alma  
 Deshojado por una brisa ultramundana.

Ahora la planta, separada del pie, tatúa empedrados de cúpulas  
 Y no parece vertical la natación del ancla,  
 Ni paralela al mar cada migración de escamas;  
 La ventana ya no resiste el asedio habitual del granizo  
 Ahora que cicatrices en bandada rondan mi frente,  
 Ahora que la ley natural arrasa con un soplo  
 Pagodas de celofán en que la yerba no se mueve,  
 Cuando se pierde la escritura de la barca y el remo,  
 Y se borra la huella encarnada con que aprendió a caminar el tiempo,  
 Cuando se desploman manecillas como látigos,  
 Cuando pienso que eras un puente entre tú y tú,  
 El pan madurado sobre manteles de fuego,  
 La fuente que crea un brazo para cada fruto del deseo,  
 Un más allá separado por la piel de la almohada,

Escalera que avanza pero no es mediación ni punto de partida,  
Tentativa de la fronda por ser firmamento cercano,  
Pulsación que preserva a la infancia destronada  
Cuando mi peso humano se asienta en la orilla del gorjeo,  
Cuando ahogo en la pecera carne fresca de horizonte,  
Cuando el poema enlaza hojas de olmos y castaños  
Y cuando junto materiales de procedencia esquivada  
Para que sea posible pasar de la tierra al mar:  
Por eso mi sombra hace ruido al pisar mosaicos en el sueño,  
Por eso la mancha se hace géiser y traspasa la frontera del papel.  
Por eso parpadea el maniquí, barbado de meditación y hojas,  
Y se mueve un muro que reprisa al vigor invisible,  
Se mueve el aire que incendia al colibrí,  
Se mueve el bullicio de tu forma permanente,  
Porque eras y eres fulgor en la tierra,  
Destello frondoso perfumado como un árbol.

Bajo su cráneo el árbol ordena nuevos y viejos pensamientos,  
Surgen chispas o miga de sol que dejo en el camino para no extraviarme,  
Cuando al regreso el arpa se enciende con sollozos  
Para despertarme donde los recuerdos nos hacen dioses,  
Y así abolir bandadas con un guñío  
Si la mente vuela en tu alfombra de libélulas  
Y en claridad inopinada cabrillea el sentido del mundo,  
Su perdición, su resurrección por una hora,  
Que es dinamita para el otoño convocado,  
Para las calles de ojos y faroles apedreados,  
Pues otra vez tu fuego en vilo regala enredaderas al precipicio,  
Floraciones a mi alma mordida por letanías de aire  
Y frases repetidas por cada boca en la piedra,  
En la piedra que alza su pesado vuelo en círculos  
Mientras tu cuerpo aparece entre pausas de estupor,  
Mientras una totalidad nueva y más alta abre persianas secretas  
Para que el corazón contemple y el hueso descubra  
Y tu presencia restañe ruinas de halo incandescente  
O construya témpanos, iglesias habitadas por iconos aceptantes,  
Santos de yeso que tocan el suelo y sólo avanzan un escaso tramo,  
Unas cuantas baldosas que la fatiga ensancha,  
Sombras asombradas de asombrarse y de que no pase nada y pase todo,  
Cuando el amor te dice a ti misma entre puertas agobiadas  
Y crespones que han crecido bajo el sol de la noche.

¡Cuánta espesura has partido con tu martillo de cristal de roca!  
¡Y, sobre este subsuelo inédito, cuántas manos de estalactita  
Exprimen ahora las uvas negras del olvido!  
¡Cuánta losa insomne fue destruida con tu surtidor de pétalos!  
¡Cuántos tambores ajustan su piel para que hable la lluvia!  
Por eso tomo un alambre en ignición y con mi grito  
Me disipo en la zona en que merodea el presagio,  
Por eso las águilas cierran sus pinzas y cambian de sitio al limbo,  
Por eso gotas como balas aceleran el vaivén terrestre,  
Y, más veloz que el péndulo, más rápido que la pleamar,  
Me es arrancada y devuelta tu imagen  
Cuando negros cohetes desgranar veloces astillas  
En órbitas nuevas que traza la meditación con su pico de meteoro,

Y en incisiones que mis uñas graban sobre la inmensidad blindada,  
 Allá donde el espacio huele a éxtasis quemado,  
 Allá donde el columpio que va del arrobo al embeleso ya no asciende,  
 Allá donde el galope descarriado se vuelve otra tormenta,  
 Allá donde el grillo se quema con un suspiro de la claridad,  
 Allá donde muere el deseo para darnos otra gota de verano,  
 Allá donde la palabra regresa con paraísos en la proa,  
 Aquí donde el relámpago entroniza su tallo en estepas de cemento,  
 Aquí donde un soplo pulveriza a la constelación madura,  
 Aquí donde la flor levanta su antena y transmite noticias tuyas a través del sombrero,  
 Aquí, aquí, donde al conocerte vislumbré tu desaparición,  
 Y tu muerte —entonces lejana— rasgó la mañana en dos cortinas  
 Nublando mi felicidad, aprisionándome con plantas carnívoras  
 Mientras un extraño miedo me avisaba de que tu no eras para siempre,  
 Oh cielo en el agua que un ave fija con pico de caudín  
 Y que el estero no recuerda por muchas estaciones,  
 Porque el espacio acoge el presentimiento demoledor  
 Y con su rama de hinojo imperceptible filtra el mediodía  
 Y destruye equivocadas flores que crecen en la raíz:  
 Eras un préstamo sustraído al ángel,  
 Que el mismo ángel reclama noche y día,  
 Pan que vuelas hacia la boca negreante,  
 Materia en litigio desde que yo presentía la resaca solar.

¡Cómo graniza ahora el ascua rota sobre la carpeta de lino,  
 Y cómo anticipó mi congoja la primera remesa  
 De una realidad pensada hasta en su última aguja!  
 Sin embargo, no desapareció lo que inventaste:  
 Cierta ola en viaje hacia las islas en vilo,  
 Un cuerpo a cuerpo entre chispas y palabras,  
 El instante en cuya mano el alba devora una promesa,  
 La promesa que le roba al cielo su ardiente balbuceo,  
 El cielo que esconde su metamorfosis en cajones de viento,  
 El viento que libera al géiser de su zapato de piedra  
 Mientras el pino gira y como tú desenreda su madeja,  
 El sueño que me deja hilos de sol,  
 El soplo que cambia la dirección del aerolito hueco,  
 El girar de una perilla en una noche de sordos,  
 La veladura súbita entre lo que eras y eres todavía,  
 Pues sólo tú miras el hacinamiento crispado,  
 Sólo tú eres mandoble y ganancia en los herbazales del éter,  
 Movimiento de dos orillas que son el río verdadero.

Ahora no fluye el agua en descenso  
 Sino tu mano que busca desenlaces para el iceberg vacilante,  
 Tus ojos que leen mi destino en burbujas de cristal,  
 Mientras el muro crece y la hiedra se contrae y tú desapareces,  
 Oh grafa de pájaro que no recobro, lámpara al mediodía,  
 Humo desencarnado, invisibilidad en perpetua retirada:  
 No volverás aunque vaya tras de ti como una mancha que palpita,  
 Aunque te llame con un piano tocado por la niebla,  
 Aunque crezca otra vez la yerba que vuela bajo una trilladora,  
 Aunque el carbón engastado en mis cuencas te invite a cambiar de noche,  
 Aunque yo grite como un niño bajo nubes de sotanas,  
 Aunque no entienda la incisiva diferencia,

El nunca del mañana, la postergación refluorecida:  
La nitidez con que un mago extiende su capa  
Y escamotea al mundo, mientras la hoguera excavada  
Como nido para el pensamiento vertiginoso,  
Se llena con tu sombra de agua y tu voz de agua,  
Cuando la madrugada gime en el catalejo del vigía  
Y tu hermosura, encastillada en mi corazón,  
Huye hacia el caos por una grieta en el muro,  
Hacia el caos que rocía con sangre a la violeta  
Y al tronco inmenso que no doblan las constelaciones,  
Cuando yo mismo, sin llevarme dentro de mí,  
Asisto a la inmolación final de auroras prohibidas  
Y ya no alcanzo la orilla sobre mi cabeza,  
Ni la fronda de luciérnagas retenida con un alfiler,  
Preso como estoy en este minuto anegado,  
Crucificado como estoy por el centelleo de tu nombre,  
Pues sólo la obscuridad me confirma,  
Sólo follajes de tiniebla llegan al suelo antes que la lluvia,  
Sólo imágenes de catacumba dan volumen y espalda a tu recuerdo,  
Cuando el rayo que anhelo corta las venas del arcoíris  
Sobre el reino visible y mi persona destronada,  
Ahora que los pájaros duermen a las cinco de la mañana,  
Ahora que la diferencia entre ser o no ser  
Aumenta o adelgaza su espesor según respiro.

Y ya que no alienta mi aliento bajo el aire derrumbado,  
Tú, que no existes, dame respiración de vena a vena,  
Acerca al puente que cierra las piernas y corre  
Tras la tea que no quiere aniquilarlo:  
Llévame sobre el pie que le falta a la fuente,  
Acércame al farallón de encimados témpanos,  
Déjame ver el humo que embrida meteoros junto a la ventana atónita  
Que ya no entiende porque cada reflejo  
Sale de ti y penetra al sol embalsamado:  
No entiende mi ventana por qué la luz emerge de tu lecho  
Y curva al geranio sobre el pozo tapiado,  
Lejos de la palabra que cobra peso para volar mejor,  
Lejos de la palabra donde se transfigura otra palabra  
En que el tiempo envejece para contar siempre lo mismo,  
Su letanía a veces recién nacida,  
Verde a veces y después color castaño, amarillo quemado,  
Semejante a ti que eres las hojas y todos sus renuevos.

Hermana del himno sin velos,  
Alondra que limas los barrotes del alba,  
El espesor que separa, la lenta zona o jaula nueva  
Que retrasa la inminencia ya vivida:  
Sólo quiero ir a ti por una cuerda de luna,  
Quiero el salto del rocío a tu breve eternidad de relicario,  
Imanes y vehemencia encerrada en el puño del mar,  
El cristal que divide al aire en todos mis sollozos;  
Quiero el eco leonado y la paja con flores,  
La pupila crecida en que el alma despliegue su leyenda,  
Una cosecha de oscuras manecillas detenidas a las doce,  
La primera gota surgida en un sembradío de gárgolas,

La cadena que espose mi pulso con la bandada solar,  
Quiero el estruendo interno del instante  
Y su vajilla exhibida otra vez en el ocaso,  
Quiero el sueño que inventa al aire con un cabeceo de manglares,  
La torre que sostenga en un dedo tu morada rota,  
El silencio acorazado en su nuez definitiva,  
Pues he aquí que en mi pecho milita un enigma encarnizado  
Y crece mi amor sobre un tallo de cometa liberada,  
Crecen tus manos para mantener el jardín en vilo,  
Crece tu fantasma fortalecido con nubes en blanco,  
Tu fantasma reanimado bajo una ducha de mariposas,  
Tu fantasma sostenido por alas de libélula,  
Tu fantasma que planto bajo el crisantemo siempre astillado.

Hay luz encharcada en la nieve,  
Hay sangre en la madera y en el peso que la encorva  
Y nadan hacia sus cuencas los ojos del ciego  
Cuando la noche imantada por el vértigo acerca espirales entrevistas  
Y reúne lo que eras con lo que sigues siendo,  
Mientras la ceiba roída por un tatuaje vivo  
Se desarraiga y hace espacio  
Para que mi razón emerja otra vez,  
Para que me pierda otra vez y te encuentre en el cuarto vecino,  
Cuando el ángel resarcido baile con la sombra de una lámpara,  
Y me turbe como antaño el licor de la vida que me diste,  
Pues veo mi fin cercano, veo el hueco radiante  
Cercado por ríos que atan sus colas y desfilan